

Seidy Araya
Universidad Nacional (Heredia, Costa Rica)

**LA MUJER Y LA AGRESIÓN
EN «QUINCE BARROTES DE IZQUIERDA A
DERECHA», DE ROSARIO AGUILAR**

LETRAS 29-30 (1994)

El relato «Quince barrotes de izquierda a derecha», objeto de análisis en las páginas que siguen, pertenece al tomo *Primavera sonámbula*, de la escritora nicaragüense Rosario Aguilar¹. Esta narración problematiza al lector respecto a un hecho social y sus repercusiones psíquicas: la agresión al género femenino en la sociedad nicaragüense prerrevolucionaria, y por extensión, en la sociedad latinoamericana. Se trata de un estudio longitudinal de la violencia contra la mujer, que permite observar y acumular información sobre la existencia de la protagonista durante un largo período de su vida. Sus vicisitudes son el espejo de lo que acontece a muchas otras mujeres, a menudo como un fenómeno epidemiológico.

Nuestra hipótesis parte de que en «Quince barrotes de izquierda a derecha» hay un reto implícito al concepto de privacidad absoluta de la institución familiar, cómplice de la agresión a la mujer y a la infancia. La penetración del relato al seno familiar se hace en nombre de la ética cristiana, y específicamente católica, en pro de la justicia. El relato se dispone alrededor del núcleo semántico configurado por la agresión intrafamiliar y cultural al género femenino.

1. Rosario Aguilar, *Primavera sonámbula* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1976). Todas las citas textuales provienen de esta edición, y en lo sucesivo sus páginas quedan indicadas entre paréntesis. El presente estudio forma parte de la investigación denominada «Las imágenes femeninas en los relatos de *Primavera sonámbula*, de Rosario Aguilar», que su autora llevó a cabo durante 1987, en la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje, de la Universidad Nacional.

El relato está narrado y contemplado desde la perspectiva de una joven nicaragüense, anónima. Ella examina y reflexiona en torno a sus relaciones familiares y sociales. El presente narrativo coincide con el final de la diégesis. Mediante retrospectivas, la mujer recrea su vida y sus antecedentes familiares; busca las causas de su destino con un método psicosociológico. Explora, sobre todo, el nexo mantenido durante la infancia con su madre y su padrastro. Las características negativas de la relación materno-infantil se inscriben en la historia de los conflictos maternos, y aparecen como el medio de degradación final de la protagonista.

La narradora nos plantea su monólogo interior desde prisión. Espera el juicio, acusada de haber asesinado a su padrastro, quien la ha violado en forma sostenida y la ha prostituido. La salida posible de la existencia de la protagonista se vincula con un sacerdote, personaje que le presenta la moral cristiana como liberadora. En el momento preciso en que la fuga de la protagonista está planteada, se precipita la tragedia final. La narración no incluye el veredicto del tribunal.

La relación madre-hija: el rechazo

La protagonista desea mantenerse afectivamente ligada a su madre, y a otras mujeres que la rodean; depende de su amor y cuidados, necesita aprender de ella su papel social, y definir su autoimagen por comparación: *«No puedo negar que durante algún tiempo, hice todo lo posible por imitarla, por parecerme a ella. Durante algún tiempo constituyó mi ideal»* (p. 37).

La tragedia infantil empieza cuando su madre la rechaza de manera rotunda. ¿Por qué tal actitud? No es sino hasta que se halla prisionera que logra comprenderla; para su madre, la índole particular de la frustrada identificación con la protagonista está íntimamente vinculada con las relaciones con su propia madre, padre y hermana. Su hermana gemela nace primero, suave y serenamente, y ella *«horas de lucha y lucha. Desde el comienzo se trabó en la vida. No supo nacer correctamente. La abuela se desangró. Ella, tuvo un bautizo de sangre. No era más que un presagio, definido, patente»* (p. 58). La madre se sintió culpable de la muerte de la

abuela, y así se lo hizo sentir el abuelo. La niña, futura madre de la protagonista, desarrolla un sentimiento de minusvalía y abandono, porque no es amada. El abuelo, egoísta, se ve privado del bien que representaba la esposa, y es incapaz de satisfacer las necesidades espirituales de la huérfana. La carencia de afecto, el sentimiento de ser incapaz de ser tenida en cuenta, llevan a la muchacha al narcisismo. Los celos y envidias hacia su hermana son el fruto obligado de la competencia por el amor y la atención. Se venga de quienes le habían escatimado cariño: «*La fórmula estaba patentada. Se obtenía el máximo de éxito. Si el abuelo o la madrastra la reprendían, ella sencillamente se reía y se reía*» (p. 60). De este modo se siente más fuerte y poderosa que los adultos, quienes detentan la autoridad legítima, y la dañan al ejercerla.

No hubo ayuda psiquiátrica —que en otros relatos de Rosario Aguilar aparece como un medio posible de mejoramiento—; sólo castigo corporal, tortura: la coyunda, el arrodillarse sobre granos de maíz, el internamiento en un colegio, el encierro en una habitación oscura y solitaria. Encontró, adolescente, otra vía para ser preferida en algo, y alcanzar una forma de poder: la seducción a los varones. Retó las normas de la moral, hasta que el abuelo murió de dolor: «*A los catorce años la encontraron con un primo que había preferido siempre a la otra hermana. Su primera victoria. El primer triunfo verdadero. Sí, era más deseada y preferida que la otra. Además... sabía que la había hecho sufrir terriblemente, con dolor*» (p. 63).

Desamparada, la madre se prostituye. Únicamente durante el embarazo recobra la esperanza; percibe a la niña que ansía tener como una extensión o duplicado de sí misma; le atribuye sus características físicas; la espera como vehículo para autografiarse y consumir sus propósitos anhelos: «*Había soñado. Había soñado con una niña que viviera en su (otra) vida. Con una continuidad, una vuelta. Un desquite. Su sueño consistía en imaginar en la niña su vida de nuevo; llena de amor, de caprichos, de cosas nuevas*»; «*Y en mí, surgieron los ojos tan odiados, el cabello, el carácter; hasta un camanance al lado izquierdo y un lunar sobre la ceja. Sí, la misma mirada de superioridad y de reproche. ¿Cómo iba a quererme?*» (p. 60).

La madre ve a la niña como un objeto de la que es dueña, y en vista de que no colma sus necesidades, no puede quererla. El ego materno, de límites

vagos, preso en sentimientos de culpa y frustrado en sus ansias de identificación con la hija parecida a la tía, resulta incapaz de asumir las responsabilidades maternas. Reproduce en la crianza de su hija el mismo trato del que fue víctima. La niña repite, cíclicamente, un calvario semejante al de la madre. La pequeña nunca se percibe como parte de un grupo que la sostiene y coopera con ella. Solitaria, sin posibilidades de enraizar su autoimagen en la de otras mujeres queridas, no aprende a abrir su corazón a los demás, ni a expresar sus afectos. La sensación de vulnerabilidad y la culpa vaga por no inspirar amor se desarrollan en su personalidad infantil. La niña ha adquirido un aspecto de calma superficial, y se ha tornado insensible, para protegerse del sufrimiento. Los vecinos y empleadas del hogar dirían luego, durante el juicio, que parecía «una tonta»: *«A medida que perdía la fe en mí, en el mundo, en ella; me insensibilizaba»* (p. 51).

Deja de ver el mundo como significativo y comprensible. El mismo espacio geográfico (el barrio de la ciudad innominada) representa la trampa que le impedirá su desarrollo pleno y feliz. En tal espacio no existen inhibiciones sociales para evitar el maltrato que sufre. La privacidad de la institución familiar salvaguarda a los agresores, y ello anticipa que el futuro de la niña no será halagüeño. El cielo azul se convierte en un símbolo de la dicha inalcanzable, y ella quedará condenada para siempre a vivir a ras del suelo: *«Abajo estaba la tierra. Arriba el cielo. Por el Este la calle se torcía y terminaba bruscamente con un tope. Por el Oeste, la calle bajaba, y bajaba, hasta que las casas se empequeñecían en perfecta perspectiva. La vista se detenía al frente, por todas las casuchas que penosa y cansadamente se sostenían a lo largo de la acera vecina. Atrás, el mundo, el cielo azul, todo se cortaba por la tapia revestida de hiedra»* (p. 42).

La relación niña-padraastro: el incesto

La madre tiene un compañero, que actúa como padraastro de la pequeña. Es el ayudante, socio y amante de la madre. Controla la vida de ambas. Administra un burdel, en el cual la mujer ha invertido la herencia que su hermana ha compartido, generosamente, con ella. La pequeña, sin el apoyo materno, es particularmente sensible a la posición dominante y poderosa del padraastro. Tiene conciencia de su personal vulnerabilidad,

desde el doloroso rechazo materno, y con facilidad se ve a sí misma de nuevo en la posición de la víctima. La ansiedad acentúa su autoimagen de indefensa. Además, la madre y el padrastro participan de una temprana experiencia de invasión de su cuerpo; y en esa ocasión la niña confirma su incapacidad de defenderse; ya no creerá en su eficacia. Un médico, cliente de la madre, la visita en las noches para sanarle una quemadura que su madre le había causado al haberse adormecido. Tiene tan solo seis años; su pudor humillado y su cólera trabajan inútilmente para evitar aquella invasión: «*Cuando aquel hombre terrible, me sujetaba y me desnudaba, para que me curaran la cadera, temblaba*» (p. 49); «*Fue la última vez que me rebelé, que luche por algo*» (loc. cit.).

La niña se siente profanada, y desde tan temprano empieza a incubar deseos de venganza. Sabe que no puede llevarla a cabo aún; se refugia en ensueños, en los que la imagen de una madre tierna, un padre confiable y un ambiente de respeto y cuidado a la infancia son los tópicos más frecuentes. Además, la idea de que es hija de una prostituta, y las burlas de que es objeto por esa condición, acentúan su sensación de vergüenza. Se siente estigmatizada, diferente a los demás, que la consideran un bien dañado. Su aislamiento es cada vez mayor, y queda en riesgo de ser, una vez más, víctima.

Huérfana desde sus doce años, con una escasa autoestima y una evidente vulnerabilidad social, una fuerte e insatisfecha necesidad de amor, aprobación y atención, se convierte en víctima ideal de violación de parte de su padrastro: «*Cuando él entró fue al segundo principio. Se adueñó de la situación. Hizo su verdadera entrada en mi vida, inevitable*» (p. 60). Quien perpetra el incesto abusa de una niña de doce años, inmovilizada ante su poder. No tanto la fuerza como el poder y la indiscutible autoridad desempeñan un papel básico. La niña carece de posibilidad alguna de autodeterminación; ni siquiera opone resistencia; necesita de él por su corta edad y por el contexto de su relación. El padrastro se vale del sexo como una forma para mantener la supremacía. La falta de capacidad de la pequeña para resistirse a la intimidación facilita el incesto. La niña, sujeta a la agresión psíquica materna y social, incomprendida e incontrolable, ha aprendido a sentirse débil, resignada e indigna; a que no puede controlar la violencia de quienes se han encargado de su vida, y que ellos pueden hierla y ha de tolerarlo para

sobrevivir. El proceso se perpetúa; desemboca en depresión, paranoia y desórdenes pasivo-agresivos de su temperamento. No es capaz de expresar enojo en forma directa; lo acumula, y es hasta años después que lo expresará con rapidez y tenacidad: asesinará al violador. De momento, este último manipula su vulnerabilidad, y de nuevo se siente traicionada por quien debe protegerla. El lunar palpitante en el cuello del padrastro simboliza la fuerza agresiva, y por ello en ese sitio será segada su vida.

Queda prisionera en el burdel. No obstante, su extremadamente modesta conducta, no puede evitar nuevas violaciones. La ventana, símbolo de su horizonte, de la libertad y la plenitud, es oscurecida primero por la silueta del padrastro, y luego «...cuando más seria y lejana se situaba, más ofrecían y más luchaban por alcanzarme. Uno tras otro... y mi ventana oscurecida por completo por sombras desconocidas» (p. 70). Se trata de una humillación continua que la destruye; pero aun así, entrevé el cielo azul, los pájaros, y añora un destino libremente elegido: «Mi ignorancia de la libertad era mi mayor verdugo: constituía las rejas de mi prisión» (p. 72).

La prostitución aparece como resultado de la violación incestuosa, y del antecedente de la agresión psíquica materna. Su sexualidad, despertada en forma traumática, no tiene un desarrollo apropiado. La consecuente prostitución termina por afianzar una aversión a la sexualidad, y propicia la frigidez. Pierde la noción positiva de los demás; desconfía, con razón, de todos y hasta de sí misma. Y desde el punto de vista social, la prostitución se presenta como un trabajo forzado, cuyo producto no lo controla la trabajadora explotada; más bien, es una forma extrema de alienación generalizada de su cuerpo y su espíritu, que ha conocido desde siempre la protagonista².

2. Ver Allyson M. Jaggar, «Socialist Feminism and Human Nature», en *Feminist Politics and Human Nature* (New Jersey: Rowman & Allanheld, 1983). En 1979, un día después del triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional, en Nicaragua, se prohibió la prostitución y la utilización de la imagen de la mujer como objeto sexual en los medios de comunicación. Pero, desde luego, la prostitución no se puede acabar mediante un decreto; supone alternativas de trabajo y un cambio en las situaciones cotidianas de opresión; supone una transformación en los hábitos y prejuicios entre hombres y mujeres. Ver, al respecto, María Candelaria Navas, «Los movimientos femeninos en Centroamérica: 1970-1983», en Daniel Camacho y otros, *Movimientos populares en Centroamérica* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1985), p. 221.

La relación de la joven y el sacerdote: la religión liberadora

La protagonista ha logrado ajustarse a la vida exterior. Descarta la tentación del suicidio; se ha resignado a su trabajo como prostituta; ya el padrastro ha dejado de ultrajarla, pues resulta más rentable dejarla a los otros; asume su rutina de encierro; reprime como puede los afectos y emociones intensos. No obstante, sigue sintiéndose impura; y como concreción del contexto social nicaragüense, tal sensación se acentúa el 7 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción de María, fiesta tradicional.

Poco a poco llega a alcanzar cierta libertad de acción. Da cortos paseos durante el día; llega hasta un parque, frente a una iglesia, donde ingresa. Pese a sentir temor, tales desplazamientos van paralelos a las posibilidades de liberación personal, que tendrán ocasión en su trato con el sacerdote. De nuevo, los pájaros alegres y puros presagian su salida: *«Y allí le encontré. Un día que a nadie más vi. No lo podría describir [...] Para mí solo estaban en aquel instante sus redondos ojos, serios, castos»* (p. 84).

La relación de la protagonista con el sacerdote, que ha vivido ya un proceso prolongado de formación, le permite a la joven interiorizar ciertos contenidos de conciencia en torno al sentido de la vida, y le proporciona elementos de juicio sobre su circunstancia de opresión. Las lecciones del sacerdote le hacen comprensible el mundo natural y social. Se despliegan las ventajas de asimilar ciertos valores de dignidad o fortaleza personales, y la necesidad de introducir modificaciones en su conducta pasiva, que estén más conformes con el sentido interiorizado. La joven alcanza una dimensión ética, centrada en la autovaloración y en el rechazo de la opresión. El sacerdote y la alumna interpretan el mensaje bíblico a la luz de las condiciones lamentables de ella, y así el texto se convierte en un mensaje liberador. El discurso religioso adquiere un sentido específico. Comprende su situación presente, y la evalúa como contraria a la voluntad divina, en tanto realidad pecaminosa, que no debe permitir. La reivindicación es un imperativo de supervivencia psicofísica.

Con la guía sacerdotal, la protagonista integra sus experiencias, y las sitúa en una más adecuada perspectiva. Se identifica con los mártires y

santos, que no se habían resignado a un destino vergonzante, sino que habían luchado por recuperar su dignidad y su comunicación con Dios. Así, la mueven a una acción transformadora.

No es la religión el tópico estudiado. La instrucción en general aparece como el estímulo a la conciencia de sí y del deseo de superar las limitaciones vitales. Recobra la autodeterminación, y se siente más purificada: *«Y ferozmente me despertaba. Sí, ferozmente. Mi odio por el culpable, que me había hecho insensible, indigna, inmerecedora de un hombre como aquel, que existía, que podía existir sin aquella impedimenta»* (pp. 87-88).

Junto al odio que se expresa en forma violenta, estalla el amor por el sacerdote, en una sola llama. Sensibilizada afectivamente, se abre el aprecio por la belleza natural y la atracción física. El sacerdote no le responde en el aspecto sexual, y ella no puede asimilar esa nueva frustración. Además, la relación vertical entre ambos persiste: él instruye, y ella, en lo esencial, obedece. No es una relación igualitaria; y así, la protagonista no consigue deshacer el desigual nexo de poder que ha mantenido con importantes personas de su vida. La meta de orientar su propia vida está en contradicción con el proceso controlador de la conversión y de la búsqueda casi unilateral de salidas por parte del sacerdote. Esta condición dueño protector/mujer indefensa, se repetirá posteriormente con el abogado defensor. El problema de esta consejería espiritual consiste en que la joven permanece en una situación dirigida. Porque, además, requiere más solidaridad y compañía.

El sacerdote obtiene para ella un empleo en otra ciudad. La decisión de marcharse la precipita en una nueva crisis; y el renovado asalto sexual de parte del padrastro desata la oculta hostilidad de la mujer, y lo asesina. No ha sido capaz de encauzar su justa ira; y es precisamente ese violento estallido lo que sorprende a jueces, abogados, periodistas y público, quienes quedan persuadidos de la inestabilidad emocional de ella. El texto sugiere que si la presión agresora no hubiera sido tan violenta, la mujer habría culminado con éxito su recuperación.

El paso de la concientización de su experiencia vital mediante los valores religiosos representa un avance, aunque no suficiente. Los resulta-

dos funestos de su crimen (la culpa y la prisión) la llevan a enriquecer el proceso de comprensión de su vida, y la curación psíquica. El discurso narrativo en sí mismo manifiesta que ha ascendido el nivel de conciencia, pues cuenta ya con la capacidad de expresar una compleja evaluación, profunda y justa de su destino. Desde la prisión, por entre los quince barrotes de su ventana, sigue mirando el cielo azul, promesa de una vida digna para ella y para otras mujeres agredidas: «*Quisiera que en el país, alguien tuviera un lugar, un regreso, ...un pedazo de cielo azul*» (p. 45).

Conclusiones

En el relato que ha sido objeto de las presentes páginas hay un desafío implícito al concepto de privacidad absoluta de la vida familiar, en pro de la justicia. La penetración del texto en el terreno de lo privado se posibilita porque la censura a la opresión de las mujeres y los niños se hace en términos ético-religiosos, a su vez, la casi total ausencia en el tomo de cuentos (con excepción del cuento «El guerrillero») de consideraciones políticas, no permite el enjuiciamiento de lo público.

En «Quince barrotes de izquierda a derecha» las familias constituyen campos de entrenamiento para la violencia. Conforme al relato (al igual que en «Aquel mar sin fondo ni playa», el más extenso del tomo) el castigo físico y la agresión psíquica hacen que queden asociados, en las vidas de los personajes, el amor y la violencia, y les muestra que cuando algo es en verdad importante, se justifica el uso de la fuerza. Se legitima el maltrato como norma intrafamiliar. La privación de un cálido contacto físico y espiritual entre los integrantes de las familias fomenta la conducta agresiva. La ausencia de padres tiernos, responsables y amorosos propicia los hijos de temperamento agresivo. Así, la perspectiva de la narración critica la privacidad absoluta de la familia que impide la intervención y ayuda de los ajenos a las víctimas del abandono, la agresión o el incesto. Se critica, además, la idea de que los niños pertenecen a los padres, y que las mujeres son propiedad de los varones. Se promueve el respeto a la dignidad de la infancia y del género femenino.

El relato se interesa por mostrar cómo el grupo de los varones maltrata y degrada a las mujeres; y también examina el problema de la agresión a los

niños. Propone el mensaje de la axiología católica como forma de sentido de la vida, y de organizar las categorías del bien y el mal, para configurar lo deseable en las personas. Detecta las relaciones familiares, como un principio organizado de la estructura de dominación a la mujer; y el incesto y la prostitución como formas extremas de un pecado social. El hincapié de la cosmovisión narrativa se hace en los aspectos emotivo-afectivos del pecado social; no se señalan los contextos políticos en los que se inserta el patriarcado en la Nicaragua anterior a la revolución.

Primavera sonámbula muestra una progresiva toma de conciencia de los nexos existentes entre la dominación patriarcal en la familia y la violencia institucionalizada en el aparato estatal y la opresión clasista. Así, en el último relato, «El guerrillero», se imbrican el dolor de la mujer y la tensión de clases, y sobre todo las luchas por la liberación política de la nación.

Todos los relatos son una denuncia, una protesta, y una defensa de la mujer. Examinan la situación suya, y aportan soluciones a los problemas mostrados. Se presenta la opción de una alienación «lúcidamente» elegida, en la negación de las exigencias de la libido y la moral vigente, con resultados positivos en «Primavera sonámbula», y lamentables en «Rosa Sarmiento». La escisión entre el deber ser y el auténtico ser permanece trágicamente irresoluta en «Aquel mar sin fondo ni playa». Una solución ético-cristiana se propone, según lo hemos visto, en «Quince barrotos de izquierda a derecha».

En «El guerrillero» la cosmovisión de la maestra rural, madre soltera y cabeza de familia, posibilita el paso de lo privado a lo público en la agresión a la mujer. Continúa como historia privada de la búsqueda femenina del amor, pero en la medida en que el amor auténtico de la protagonista se le ofrece a un guerrillero, único varón tierno y cálido, su historia amorosa está inmersa en la represión de la dictadura somocista. El guerrillero se encuentra herido, y es perseguido; tal vez torturado y asesinado; tal vez se haya salvado. Las ambivalencias de la suerte final del guerrillero son las del destino de todo movimiento revolucionario de la década de 1970. La mujer muestra respeto por el compromiso político del amado, y la resignación (característica, en cualquiera de los casos) a vivir en forma solitaria su maternidad, para

permitir la actividad transformadora del varón. Su trabajo de maestra le permite contemplar de primera mano la injusticia de la que son víctimas mujeres y niños, y en general los desposeídos, y cercanos a ella, los humildes campesinos pobres. Así, la perspectiva del texto resulta más amplia que la de los restantes relatos. Su denuncia, aunque centrada en el sufrimiento de la mujer, se extiende a otros sectores oprimidos. La esperanza de un mejoramiento individual y social se engarzan en la esperanza de que el guerrillero permanezca con vida, y consiga triunfar.

La aparición del Frente Sandinista de Liberación Nacional, a principios de la década de 1960, con la cercana influencia de la revolución cubana, aporta el material político del personaje. Otro personaje de «El guerrillero» que inscribe el relato en lo político, es el sargento de la Guardia Nacional, que aparece como pretendiente, protector aparente, pero opresor en última instancia, de la maestra. Lejos del maniqueísmo, el relato muestra ciertos rasgos positivos en aquel sargento, pero lo sitúa como cómplice de la represión estatal. Históricamente, la Guardia Nacional fue el instrumento que el imperialismo estadounidense concibió, en vez del ejercicio directo del dominio de la sociedad nicaragüense³. En 1933, los infantes de marina estadounidenses abandonaron el territorio de Nicaragua, que habían ocupado en forma intermitente desde 1909, y apoyaron al jefe del ejército, Anastasio Somoza, iniciador de una tiranía familiar desde 1937, y que permaneció en el poder hasta 1979. Los estadounidenses abandonaron Nicaragua ante la presión de la comunidad internacional en contra de aquella ocupación, por el avizoramiento de la segunda guerra mundial, que obligaba a los Estados Unidos a resguardar su zona de influencia latinoamericana, frente a las pretensiones expansionistas de otras potencias de entonces, como Alemania y Japón, y sobre todo por la imposibilidad de dominar el movimiento guerrillero liderado por Augusto César Sandino, que llegó a ser el antecedente del FSLN.

Otro personaje de «El guerrillero» es el juez de Mesta, seductor de la maestra mediante la superioridad de clase y la autoridad política, ejemplo

3. Amaru Barahona Portocarrero, «Breve estudio sobre la historia contemporánea de Nicaragua», en Pablo González Casanova, ed., *América Latina: Historia de medio siglo* (México: Siglo XXI, 1981), tomo II, p. 387.

también de infidelidad conyugal. Es un retrato del funcionario estatal corrupto y abusivo, característico del sistema tiránico.

«El guerrillero» continúa la temática de la mujer, propia de los relatos anteriormente tratados, pero la sitúa en el contexto de la violencia gubernamental, dirigida a la tortura, la desaparición o la muerte, legitimadas, además, por la prensa oficial. «El guerrillero» es, pues, un eslabón entre el tomo de narraciones que ha sido objeto de análisis en estas páginas, y el siguiente de Rosario Aguilar, *Siete relatos sobre el amor y la guerra*⁴, que expone, desde diversas perspectivas femeninas, el papel de la mujer en la sociedad nicaragüense revolucionaria.

4. Rosario Aguilar, *Siete relatos sobre el amor y la guerra* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1986).